



INFORMACION (15/11/2000)

# Villa Grimaldi


 JOSÉ CARLOS  
 ROVIRA

Me han recogido en un domingo soleado para llevarme a la cordillera, la de los Andes, que parapeta esta ciudad de Santiago de Chile con nieves y alturas inusuales, en una primavera que invierte siempre nuestro otoño creciente. Son amigos desde hace mucho tiempo y saben de memorias y olvidos mucho más que yo. Me dicen que antes de subir a la cordillera podemos visitar Villa Grimaldi, en la calle Arrieta. Es un lugar que está muy cerca de donde partimos.

Villa Grimaldi tiene resonancias lejanas. Leí algo sobre aquello alguna vez. Juan y Gloria, mis amigos chilenos, me han planteado siempre sorpresas en esta ciudad: encuentros nocturnos con los familiares de desaparecidos, conversaciones sobre la literatura y la vida cultural y universitaria de Chile, comidas en las que se compar-

te la amistad. Gloria es hermana de un detenido-desaparecido en 1976. Era el secretario de las Juventudes Comunistas.

Cuando llegamos a Villa Grimaldi no me han explicado todavía nada. Entro a un parque que se llama en la actualidad «De la paz». Veo a lo lejos un memorial en el que columnas de nombres están situadas bajo el título de un libro de Mario Benedetti: «El olvido está lleno de memoria», dice la inscripción. Hay más de cuatrocientos nombres alineados con la información frecuente de D-D (detenido-desaparecido). Me relatan ahora lo que fue Villa Grimaldi.

Fue una bella y aislada casa construida a mediados del siglo XIX. Los propietarios, con ese rancio nombre de la nobleza europea, acumularon objetos, cerámicas y pavimentos del viejo continente. En 1973, la Dina, la policía política de los golpistas, requisó aquella villa aislada y la convirtió en el centro principal (hay varios más) de sus investigaciones y sus horrores. Pasaron por allí miles de detenidos de los que una parte, afortunadamente, no está dentro de la

condición de D-D. Sólo hay cuatrocientos desaparecidos en Villa Grimaldi y miles de torturados. En los últimos años, en el tránsito de la dictadura a la democracia tímida e incierta, el siempre invicto Ejército chileno hizo una operación inmobiliaria en la que la empresa de la esposa de un general compró aquel terreno. Para facilitar la construcción y borrar pistas se demolió y se intentó hacer que desapareciera hasta la última piedra del edificio. Quedaron algunas que no fueron retiradas con los escombros. Eran trozos de cerámicas o de pavimentos levantados.

Existe la memoria. Una dura lucha de personas que pasaron por allí con los ojos vendados permitió afirmar, frente al silencio oficial, que aquellas piedritas encontradas eran el pavimento que habían visto con los ojos que sólo traspasaban la venda mirando hacia el suelo, que allí habían sido torturados, que sabían que allí estuvo también tal persona que aparece ahora en la lista de detenidos-desaparecidos.

La entrada en el parque de Villa Grimaldi tiene una inscripción

que anuncia que esa puerta metálica por la que entraban los detenidos no será abierta nunca más, y en el suelo aparecen los resultados de una reconstrucción dolorosa: aquí se torturó con vehículos (recordamos la imagen de los caballos descuartizando a alguien en la Edad Media), aquí estaban las mujeres detenidas, aquí las celdas de un metro por uno para encerrar a los que consideraban más peligrosos, aquí donde se colgaba por las manos y se apaleaba... la casa ha desaparecido y queda el dolor en las placas del suelo que están construidas con fragmentos de aquel pavimento y sobre todo de aquella memoria.

Es difícil no sobrecogerse en una situación así en la que la infamia se evidencia entre árboles recientes y restos de pavimentos. Es difícil no llorar. Es difícil articular palabras.

La prensa anuncia hoy que hay tímidos murmullos de sables en un país en el que se ha procesado por primera vez a un general en activo por aquel genocidio. La prensa transmite declaraciones de algún alto mando en el que se insiste sobre la idea de que el proce-